

Itinerario lírico entre Juan Ramón y Federico García

Escribe: EMILIO RICO ESCOBAR

Si he intitulado estas páginas con el descoyuntado nombre que las precede, es sólo porque aspiro a colocar frente a esa España lírica de todos los tiempos, a los poetas que, procedentes de Juan Ramón Jiménez, con tangencia en el postmodernismo y adentrándose por los lindes ultraístas, arriban a nuestra época. Fácil es comprender que las escuelas literarias se entrelazan de tal modo y con tan disimulada manera, que llegan a confundirse, esquivando a los críticos advertir el vacío, que establece entre ellas, ese “eslabón perdido” que llamamos la transición.

La diferencia entre el “modernismo” y la nombrada “generación del 98” en la literatura de la Península; el fenómeno que se presenta entre las modalidades poéticas de Manuel y Antonio Machado, el primero valerosamente modernista y el otro enquistado en el “novecentismo”, nos confirma la tesis anterior, diciéndonos claramente que la distancia entre dos realizaciones estéticas, puede ser más que cronológica, de módulos de expresión, de morfología, de escogencia de los elementos verbales o de los moldes llamados a contener el noble vino de las ideas.

De ahí que podamos afirmar, sin que juguemos el albur de la equivocación, sin que corramos el riesgo del juicio vacuo o somero, que los poetas de un ayer inmediato y los de hoy, portan el herrete espiritual de Juan Ramón Jiménez, y, además, el del atormentado caballero de las “Rimas”, superado continuador de la conflictiva saudade que hizo de Enrique Hei-

ne y de Alfredo de Musset, dos símbolos hieráticos de lo pálido, de lo atormentado, de lo humanamente estremecido, de lo triste.

En Juan Ramón, creador de una nueva sensibilidad poética, advertimos obra de perfección envidiable, obra superada que se abre en dos épocas como una delicada poma de claridad. En el primer tiempo —tiempo poético—, el verso va como vestido de novia o como si se acercara al altar de los votos. Los ángeles del sueño sesgan la mañana del poeta, como en un cuadro místico. Junto al blanco esplendoroso del lirio, trisca el azul de Dios.

*“Dios está azul; la flauta y el tambor
anuncian ya la flor de primavera”.*

Y luego:

*“Yo dije que me gustaba
—ella me estuvo escuchando—
que en primavera el amor
fuera vestido de blanco.*

*“Alzó sus ojos azules
y se me quedó mirando,
con una triste sonrisa
en los virginales labios.*

*“Siempre que crucé su calle
al ponerse el sol de mayo
estaba seria, en su puerta,
toda vestida de blanco”.*

Y cuando un día, el amor, alondra en la rama del verso, rompió su trino de cristales limpiísimos, el poeta, espejo de su propia transparencia, exclamó:

*“Todo el día tengo, amor,
tu corazón en mis brazos
—oh ¡blanca flor infinita!,
meciéndolo, acariciándolo.*

*“De noche lo acuesto junto
a mi corazón romántico,
para que duerma en la gloria,
mientras velo desvelado.*

*“Oh ¡niño recién nacido,
amor, por no lastimártelo!”.*

Con el zenit del poeta advienen al lienzo lírico todos los colores del espectro solar. Su temática sufre un avatar; se convierte en una colección de crepúsculos; el verso tórnase cromático y la obra del autor de Las Pastorales se transubstancia en un melódico arco iris de paz. Todavía, de cuando en vez, el blanco, esa bella negación del color, irrumpe dominando la escena. Es la huella del niño sobre el sendero en rojo del hombre. Es como si lo infantil volcara desde lo inconsciente su amoroso vaso de ingenuidades:

*“Nacía, gris, la luna, y Beethoven lloraba
bajo la mano blanca en el piano de ella.
En la estancia sin luz, ella, mientras tocaba,
morena de la luna, era tres veces bella”.*

La técnica de la versificación, en Jiménez, transcurre desde el arte menor, desde los sencillos romances octosilábicos, hasta el alejandrino suntuoso, para desembocar, luego, en el verso desnudo —que no libre—, en el verso sostenido sobre tallos casi imperceptibles de música, de esa armonía casi onírica sobre la cual está edificada la poesía de Verlaine. La “Sexta Sinfonía” aletea por sus “Pastorales” y la metáfora, a lo Rubén, cabrillea en sus sonetos de fina arquitectura romántica.

Entre la primera y la segunda zona emocional de Juan Ramón Jiménez, hay un vacío, como si dijéramos: la “Tierra de nadie”, de la poesía juanramoniana. A ese vacío, que odió el poeta, pertenecen versos sin mayor importancia. Pero sin duda alguna, este que pudiéramos llamar istmo de transición, da origen al segundo estilo de Juan Ramón. Se inicia con el “Diario de un poeta recién casado”. Y aquí encontramos ya plenitud, madurez, cima, cúlmen. Y aparecen nuevos elementos en la composición; oigámoslo:

*“Sólo tú me acompañas sol amigo,
como un perro de luz lames mi lecho blanco”.*

Y adviene el mar de móvil curva diamantina, desnudez de serpiente, presencia de Tritón. Noche y luna; y el misterioso corazón del agua.

Fue entonces cuando dijo:

“Agua y luna no más, noches y noches”

Aceda tórnase la vida; desolada, sin puertos. Nébula de amargura va por los versos de Juan Ramón Jiménez. Es ya un poco el crepúsculo. Un crepúsculo en tono menor, de suave violeta sentimental. Tiempo en miosotis; el instante en ojera.

“Triste?”

*Sí; soy un cementerio nuevo,
que ha estrenado esta tarde
una mujer que ha muerto”.*

Y he aquí en el corazón del poeta el cadáver del primer sueño; una apagada luciérnaga sobre el pecho del iluminado. Ya la vida perdió su ritmo isócrono y la tragedia interior empieza a morder; el incisivo acicate impele al creador a verterse, no ya en limpias canciones de dócil música y dionisiaco movimiento, sino en macerado poema, en verso estremecido por cuyo fondo repta la angustia:

*“Por el mar vendrán
las flores del alba
—olas, olas llenas
de azucenas blancas—;
el gallo alzará
su clarín de plata.*

*...Hoy, te diré yo,
tocándote el alma.*

*Ah ¡bajo los pinos,
tu desnudez malva,
tus pies en la tierra
—yerba con escarcha—
tus cabellos verdes
de estrellas mojadas!*

*Y tú me dirás,
huyendo: ¡Mañana!*

*Levantará el gallo
su clarín de llama;
y la aurora plena,
cantando entre granas,
prenderá sus fuegos
en las ramas blandas...*

*Hoy, te diré yo,
tocándote el alma.*

*Oh ¡en el sol nacido
tus doradas lágrimas,
los ojos inmensos
de tu cara maga,
evitando, ardientes,
mis negras miradas!*

*Y tú me dirás,
huyendo, ¡mañana!*

Viene, luego, uno de los libros mejor logrados de Juan Ramón Jiménez: "Piedra y Cielo", de donde emana el nombre de guerra de un grupo literario que, en Colombia, le diera un ritmo nuevo a la poesía, a despecho de aquellos que aman el verso bambuquero, de fácil estructura, delimitado por el lugar común, como por una frontera de necesidades.

Exclama, entonces, con dolorosa elegancia:

*"Sólo queda en mi mano
la forma de su huída".*

Son de aquel período floreciente los siguientes sonetos, que nada tienen que envidiar a los mejores de los clásicos:

NADA

*"A tu abandono opongo la elevada
torre de mi divino pensamiento.
Subido a ella, el corazón sangriento
verá la mar, por él empurpurada.*

*Fabricaré en mi sombra la alborada,
mi lira guardaré del vano viento,
buscaré en mis entrañas el sustento...
Mas, ¡ay!, ¿Y si esta paz no fuera nada?*

*¡Nada, sí, nada, nada...! —O que cayera
mi corazón al agua, y de este modo
fuese el mundo un castillo hueco y frío...—*

*Que tú eres tú, la humana primavera,
la tierra, el aire, el agua, el fuego, ¡todo!,
...y soy yo sólo el pensamiento mío”.*

RETORNO FUGAZ

*“—¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—Oh, ¡corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera?*

*Tan leve, tan voluble, tan ligera
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que una bandera!*

*¡Bandera, sonreír, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura!...
¡Qué loco fue tu carnaval, qué triste!*

*Todo tu cambiar trocose en nada
—¡memoria, ciega abeja de amargura!—
¡No sé cómo eras, yo que sé qué fuiste!”.*

A UNA JOVEN DIANA

*“El bosque, si tu planta lo emblanquece,
sólo es ya fondo de tu paz humana,
vasto motivo de tu fuga sana,
cuyo frescor tu huir franco ennoblece.*

*La luz del sol del día inmenso, crece
dando contra tus hombros. La mañana
es tu estela. Por tí la fuente mana
más, y el viento por tí más se embellece.*

*Evoco, al verte entre el verdor primero,
una altiva y pagana cacería...
A un tiempo eres cierva y cazadora.*

*Huyes, pero es de tí; persigues, pero
te persigues a tí, Diana bravía,
sin más pasión ni rumbo que la aurora”.*

Y de esta etapa culminante va el poeta mogueriano hacia cumbres de mediana esbeltez; ya la altura de su poesía no ostenta ese brillo cimero que la hacía casi inimitable, y desciende la curva de su poderío por resignados planos que, aun cuando no inferiores, hacen sí que pensemos en horizontes accequibles a poetas de limitada visión y trayectoria cercenada.

“Belleza” y “Poesía” intitúlense los últimos libros de Juan Ramón Jiménez. Ya no aparece en ellos diáfano, con esa arrojadora diafanidad de su primicia literaria. El poeta cede fueros en el país de gracia y sueño de la estrofa, al intelectual ya maduro, cuyo reino, por imperativo de lógica, ha de estar siempre un tanto reñido con la dulce, con la embrujadora ficción de la poesía. Ya no aparece el paisaje, ese su paisaje andaluz, casi enfermizo de tan luminoso y sensual; eso que podría ser territorio de la copla, mañana de los geranios, crepúsculo “verdeoro” (¡manes de Juan Ramón!), cielo de mariposas, ambiente de romancero en aromosa herida de patios enlunados por donde el amor se desliza en puntas de pie, amparado por la aterciopelada cadencia de las guitarras sollozantes; paisaje de Juan Ramón Jiménez limitado de mieses, de emparrados, de aguas lustrales y cantarinas, de amapolas y rosaledas y de espigas que, de tan granadas, se inclinan sobre el terrazgo labrantío, con la ternura esclava de una sumisión sin reservas; paisaje de Juan Ramón Jiménez, bajo el sol preagónico de la campiña andaluza, alongado hacia la noche en los puntos suspensivos y temblorosos de las estrellas.

De la etapa prominente de su creación nos ha dejado Juan Ramón Jiménez, en prosa poemática, a “Platero y yo”, libro que es un tesoro, un melifluo tesoro de poesía auténtica, sin afeites, sincera poesía que se recata, lo mismo que una gema, en el alma, en la vida y en la muerte de un borriquillo. En esta obra, “Platero” es el poeta y Juan Ramón su intérprete. Vais

a escuchar dos de los capítulos de ese libro maravilloso, digno de figurar en las bibliotecas de todos aquellos que han todavía pureza en el corazón y azul bajo la frente.

“SUSTO”

“Era la comida de los niños. Soñaba la lámpara su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve, los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de una áspera alegría fuerte aquel sencillo idilio de caras inocentes. Las niñas comían como mujeres; los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho blanco al pequeñuelo, la madre joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardín, la clara noche de estrellas temblaba, dura y fría.

“De pronto, Blanca huyó, como un débil rayo, a los brazos de su madre. Hubo un súbito silencio, y luego, en un estrépito de sillas caídas, todos corrieron detrás de ella, con raudo alborotar, mirando espantados a la ventana.

¡El tonto de Platero! Puesta en el cristal su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, contemplaba, quieto y triste, el dulce comedor encendido”.

“LA MUERTE”

“Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié hablándole, quise que se levantara. El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, eh?

No sé qué contestó, que el infeliz se iba... Nada... que un dolor... Que no se qué raíz mala... La tierra entre la hierba...

A mediodía “Platero” estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese

pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores..."

Quiero, para dar fin a este breve estudio acerca del más grande de los líricos de la España contemporánea, copiar su credo poético, lo que podría llamarse, sin eufemismo, la filosofía de lo inefable:

"Las palabras, como las ondas y las alas, son siempre vírgenes.

"En la obra completa, lo perfecto y lo imperfecto han de existir equilibrados, con su calidad de perpetuas, ineludibles, exigentes realidades bellas.

"Depuración de la forma es únicamente depuración de la idea.

"Arte natural". La creación estética no debe forzarse con estímulo ninguno físico o intelectual —café, lugar, lecturas, tabaco, vino, viajes, opio, hora—; debe ser producto espontáneo del despejado vivir corriente.

"No importa la repetición cuando se ve la sintaxis.

"Primero, la obra; luego, la definición.

"Una disciplina; pero acomodada cada día a cada día.

"La poesía no es sucesiva, como la ciencia. Un poeta no continúa a otro poeta, sino que recrea, revive, aísla y cierra en sí mismo "toda" la poesía.

"Perfecto es lo que cumple vivamente su fin.

"Crítico de mi corazón; cuando yo digo del poema:

*No lo toques ya más,
que así es la rosa,*

esto después de haber tocado el poema hasta la rosa.

"Clasicismo, perfección viva.

“El perdurable error en la aplicación de la palabra “clasicismo” procede, creo yo, de que se quiere definir con ella como “condición” lo que es sólo resultado; de tomar como “sustantiva” una virtud “adjetiva”.

“Para que la poesía sea lo que nosotros queremos, el verso libre, blanco y desnudo; para que ella sea lo que ella quiera, el consonante, el asonante, la medida y el acento exactos.

“Completo: equilibrado entre perfecto e imperfecto.

“No hay forma mejor y peor, sino ideas y sentimientos exactos o imperfectos.

“Clásico es todo aquello que, habiendo sido —o mejor, por haber sido— exacto en su tiempo, trasciende, perdura.

“Perfecto e imperfecto, como la rosa.

“Lo difícil cansa a los fáciles; lo fácil a los difíciles.

“Número, acento, rima, nunca están en el verso, sino siempre en el poeta. Por eso no hay formas uniformes, y no es imprescindible inventar otras, que: sin poeta de voz y movimiento propios, siempre serán, por diferentes que sean, las mismas; y con poeta pleno, serán equivalentes, siempre, a las normales.

*“Yo me quisiera detener
en cada cosa bella,
hasta morir con ella;
y con ella, en lo eterno, renacer.*

“El poeta debe ser el hombre que arde siempre, que arde como una llama viva, que está siempre ardiendo. No comprendo cómo hay personas que se llaman poetas y que cada seis meses se acuerdan de que saben métrica y hacen un soneto o una estancia. El poeta debe estar siempre sobre sí mismo, depurándose, renovándose, elevándose.

“Quien me quiera encontrar en la vida —y en la muerte— búsqume sólo en lo bello.

“La poesía se desenvuelve adquiriendo intempestivamente las leyes de los cuerpos o las almas disímiles, que la lógica conceptual rechaza. La poesía tiene su lógica maravillosa, que apa-

rece sólo como el halo que se desprende de la virtud adquirida por el logro, por la perfección del cuerpo poemático.

“Cada poesía mía es como el silencio de mi necesaria conversación innecesaria de cada día.

“Ay, no, no somos creadores; no somos más que repetidos transeúntes de la belleza, del arte y del placer!

“Los estados de la contemplación de lo inefable, son: panteísmo, misticismo, amor, es decir, comunicación, hallazgo, entrada en la naturaleza y el espíritu en la realidad visible y en la invisible, en el doble todo, cuya sombra absoluta es la doble nada. Las disposiciones del hombre para estos estados son sentimiento, pensamiento y acento. El resultado, mudo o escrito, emoción universal.

“Evidente y secreto, como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa.

“Poesía es sí o no; crítica no es sí ni no, sino todo lo que queda en medio. Difícil es dar gusto a todos en poesía y en crítica, pero ¡cuánto más difícil es dárselo a uno mismo!

“Lo único que me ciega es lo falso.

“Fuerte, pero en la medida bastante para no dejar de ser delicado.

*“Amor y poesía,
cada día”.*

Y sin detenernos a juzgar a sus contemporáneos —voces nuevas con raíz en el romancero—: Aleixandre, enamorado de la muerte como un niño de un juguete macabro; Alberti, con fuerza propulsora de vela al viento, de versos con marina intención y entraña de lirio; asordinado son de amarillo en Salinas; hondura milenaria en Guillén; lágrima de duzura en Altolaguirre; y Luis Cernuda, con dejos de quena rusticana, sincero y directo en el cantar, confluimos ahora hacia Federico García Lorca, el gitano.

En la nueva poesía española, los andaluces se anotan los mayores éxitos. Llevan en su haber la luz, el paisaje, el folclor y ese ambiente cañí que fluctúa entre la tragedia y la lírica, en-

tre el rojo violento de la herida y el buído violeta crepuscular, entre la saeta desgarrante de pena hasta la dulce copla amorosa, guitarrera, casi untuosa, que salta hacia el balcón de las novias; entre la puñalada trapera y el pasodoble; entre la aventura chulera y el toril; entre la luna negra de los bandoleros y la tarde canela de los jardines en donde los claveles sueñan sueños de la morería. La poesía marchosa de Federico García entraña, sin duda, la más definida, la más alta tensión expresionista de ese paisaje y de ese ambiente. En su etapa inicial refleja influencias de Juan Ramón Jiménez; lo aconseja a veces una desnuda musa infantina, que es en su tiempo poético la transgresión de su niñez, la prolongación de sus juegos en donde la pureza de la expresión juega a la peonza del ingenio, risueñamente. Sigue siendo en sus versos, lo que Jorge Guillén calificó como una "criatura de creación, una criatura extraordinaria, que significa esta vez más que hombre".

Enamorado de todas las formas de arte, desde niño rayaba muñecos, intentaba canciones, colocaba frente al dibujo vacilante, la copla pinturera.

Para sus amiguitas de la escuela y de su ronda familiar, Teresita Guillén y Solita Salinas, escribía cancioncillas como esta:

*"El niño busca su voz
(La tenía el rey de los grillos).
En una gota de agua
buscaba su voz el niño.*

Y luego, para jugar con dos frutos, los dos color de oro, una naranja y un limón; la naranja que es la niña de los paisajes y el limón, que es como un niño amargado, ácido:

*Naranja y limón.
¡Ay la niña
del mal amor!*

*Limón y naranja.
¡Ay de la niña,
de la niña blanca!*

Limón.
(*Cómo brillaba
el sol*).

Naranja.
(*En las chinás
del agua*).

Alguna vez escribió, todavía dentro de ese ciclo de sus canciones para niños, *Canción China en Europa* en donde ya la sugerencia entra por peteneras en su poesía, cantando, danzando, alborotando, pero como quien no quiere la cosa, disimuladamente.

CANCION CHINA EN EUROPA

*“La señorita del abanico
va por el puente
del fresco río.*

*Los caballeros
con sus levitas
miran el puente
sin barandillas.*

*La señorita
del abanico
y los volantes,
busca marido.*

*Los caballeros
están casados
con altas rubias
de idioma blanco.*

*Los grillos cantan
por el oeste.
(la señorita
va por lo verde)*

*Los grillos cantan
bajo las flores.
(Los caballeros
van por el norte).*

Amaba García Lorca la pintura, improvisaba sus telones; amaba la música, improvisaba al piano las tonadas de sus cantares y seguidillas; amaba la poesía pura, la del romancero y la de las odas gongorinas, y al estructurarla no se detenía en melindres de orfebre o vacilaciones benvenutinas; amaba el espectáculo y lo creaba; sus recitales, casi siempre para minorías, no intelectuales, sino humanas, porque para él contaba primero lo humano que lo artificial, primero lo sincero que lo doctoral, eran cada día sorpresa, atónita manera de crear, delectación inigualable. Sobre la poesía decía en una carta a un su amigo, con desnuda verdad y en prosa límpida, porque fue tan buen escritor en prosa como en verso, así fuera aquella, un anticipo permanente de lo poético: “La verdadera poesía es amor, esfuerzo y renunciamiento. Cuando la poesía se llena de trompetas y colgaduras se convierte la academia en casa de trato. Yo sólo sé decir que odio el órgano, la lira y la flauta. Amo la voz humana. La sola voz humana empobrecida por el amor y desligada de paisajes que matan. La voz debe desligarse de las armonías de las cosas y del concierto de la naturaleza para fluir su sola nota. La poesía es otro mundo. Hay que cerrar las puertas por donde se escapa a los oídos bajos y a las lenguas desatadas. Hay que encerrarse con ella. Y allí dejar la voz divina y pobre, mientras cegamos el surtidor. El surtidor, no: la forma justa. Cuando digo voz, quiero decir poema. El poema que no está vestido no es poema, como el mármol que no está labrado no es estatua. Yo me admiro cuando pienso que la emoción de los músicos (Bach, por ejemplo) se apoya y está envuelta en una perfecta matemática. Así pienso de la poesía, y sin embargo creo que todos pecamos. Todavía no se ha hecho el poema que atraviese el corazón como una espada. Porque yo soy un pecador”.

Federico, el gitano, a fuer de serlo, tenía un sentido trágico de la vida, que a veces nublabla su alegría de niño grande, su anhelo de ser dionisiaco, su expansión juguetona de risueño doncel. En su “Despedida”, una balada de tan breve sencillez y desconcertante hondura, nos lo dice sin ambages, con la ternura del adolescente que una tarde de verano se asoma a través de una filosofía de espejos empañados hacia un paisaje de muerte:

*“Si muero,
dejad el balcón abierto.*

*El niño come naranjas,
Desde mi balcón lo veo.*

*El segador siega el trigo.
Desde mi balcón lo siento.*

*Si muero,
dejad el balcón abierto.*

Pero el cosmos poético de García Lorca se logra plenamente en el Romancero Gitano, joyero de la emoción. En éste, jalonado de aciertos líricos como su obra dramática. El teatro garciorquiano, no es otra cosa que la prolongación en romance de ese temblor humano que campea por sus poemas iniciales. Veamos, si no, por ejemplo, en “Todos en Ronda”.

*Fue la corrida más grande
que se vio en Ronda La Vieja.
Cinco toros de azabache
con divisa verde y negra.
Yo pensaba siempre en tí;
yo pensaba: si estuviera
conmigo mi triste amiga,
mi Marianita Pineda!
Las niñas venían gritando
sobre pintadas calezas,
con abanicos redondos
bordados de lentejuelas.
Y los jóvenes de Ronda
sobre jacas pintureras,
los altos sombreros grises
calados hasta las cejas.
La plaza con el gentío
(calañes y altas peinetas)
giraba como un zodiaco
de risas blancas y negras.
Y cuando el gran Cayetano
cruzó la pajiza arena*

*con traje color manzana
bordado de plata y seda,
destacándose gallardo
entre la gente de brega
frente a los toros zainos
que España cría en su tierra,
parecía que la tarde
se ponía más morena.
Si hubieran visto con qué
gracia movía las piernas!
Qué gran equilibrio el suyo
con la capa en la maleta!
Mejor, ni Pedro Romero
toreando las estrellas!
Cinco toros mató, cinco,
con divisa verde y negra.
En la punta de su espada
cinco flores dejó abiertas,
y a cada instante rozaba
los hocicos de las fieras,
como una gran mariposa
de oro con alas bermejas.
La plaza, al par de la tarde,
vibraba fuerte, violenta;
y entre el olor de la sangre
iba el olor de la sierra.
Yo pensaba siempre en tí;
yo pensaba: si estuviera
conmigo mi triste amiga,
mi Marianita Pineda!*

Es éste un mundo nuevo con su espacio, su tiempo, su cielo, sus nubes, sus árboles, sus arroyuelos, su luz, su barro, sus alondras, sus golondrinas, ¡manes de Bécquer!, sus penas y sus alegrías propias. Se lo robó a Granada, a la Alhambra, al Albacín, a la Sierra Morena, al Monte Sacro, a Córdoba, a Sevilla, a Andalucía la musárabe, a las toldas de los gitanos, a los zín-garos funambulescos, a las panderetas, a las cantaoras, a los bordones sollozantes de las guitarras, al ululante cordaje de los violines, al Darro, al Genil, al Tajo, a la Vega, a Toledo, cinturado de eternidades de piedra, a la copla; golondrina del cora-

zón. Es la faca y el alamar, es el traje de colorines y es el zapatio, es el verso de curva armoniosa, la casida, la petenera, el tango, la seguidilla; es el romance remozado con vestido nuevo y donaire de señorito; el romance del Duque de Rivas, pero en trance de novedad, ágil, serpentino, alado casi. Es el siglo XII de la literatura hispana vertido a los tablados, el romance castellano que evolucionó hasta la superación, hasta el milagro. Es el romance de la hora, el romance del hombre nuevo, porque todo el que estructure romance después de García Lorca, tendrá que acercarse, por razones de lógica, a la cantera de Federico. Díganlo si no, Miguel Hernández, en España y Pablo Neruda, en América, para citar cimeramente. El romance del granadino genial, con "Duende", como él decía de la inspiración sorpresiva y desconcertante, constituye gloria y pasado de la Península, que se hizo música e imagen para quedarse estereotipado en la conciencia y en el corazón de las gentes. Son ocho siglos de cultura cantando en Soledad Montoya, en Antoñito el Camborio, en doña Rosita la Soltera, en Mariana Pineda, en la Zapatera Prodigiosa, en Yerma, en Bodas de Sangre, en fin, en un horizonte lírico, en el cual quedaron, como mojones eternos, tradición y orgullo de España. Es la imposición del "Mito poético" en la figura retórica; es la exaltación de lo colorista, de lo pinturero, en un ámbito de ángeles negros: "Ángeles con grandes alas de navajas de Albacete", que dijera el ajusticiado.

Un día García Lorca escribió "Poeta en Nueva York", un libro inspirado por ciudades de cemento, por barrios de negrería, por cultura de cocotero y músicas afrocubanas. En esta obra ensayó el cantor del cuerpo calcinado de Santa Olaya, la tendencia surrealista.

Y otro día se hizo insurgente. Se plantó de cara a los pobres del mundo para defender a los que han hambre y sed de justicia, a los hijos de Sor Miseria, a los que se mueren, fijos los ojos, que el desamparo untó de negra noche angustiada, en la lejana estrella de lo imposible.

Fue entonces cuando el odio le sembró en la cárdena era de su pecho, cinco rosales de plomo. "Fue en Granada, en su Granada".